

IV

LA MANO DE LA PROVIDENCIA

Entre la barrera de Italia y la de la Santé, en el bulevar interior que conduce al Jardín de plantas, existe una perspectiva, digna de maravillarse al viajero más hastiado de los goces de la vida. Si llegáis hasta una ligera eminencia, á partir de la cual, el bulevar, sombreado por grandes y tupidos árboles, forma un verde y silencioso recodo, veréis delante y á vuestros pies un profundo valle, poblado de fincas medio rústicas y medio urbanas, salpicado á intervalos de verdes prados y regado por las turbias aguas del Bievre ó de los Gobelinos. En la vertiente opuesta, unos cuantos miles de tejados, apiñados como las cabezas de una multitud, ocultan las miserias del arrabal Saint-Marceau. La magnífica cúpula del Panteón y la firme y melancólica bóveda del Val-de-Grâce dominan orgullosamente á toda una ciudad, que tiene la forma de anfiteatro, y cuyas gradas están formadas por tortuosas calles. Desde allí, las proporciones de los dos monumentos parecen gigantescas, y hacen que parezcan insignificantes los más elevados álamos del valle. A la izquierda, el Observatorio, á través de cuyas galerías y ventanas pasa la luz produciendo inexplicables fantasías, aparece como un espectro negro y descarnado. En lontananza, la elegante linterna de los Inválidos brilla entre las masas azuladas del Luxemburgo y las torres grisáceas de San Sulpicio. Vistas desde allí, estas líneas arquitectónicas están mezcladas con el follaje y con las sombras, y están sometidas á los caprichos de un cielo que cambia incesantemente de color, de luz ó de aspecto. Lejos de vosotros, los edificios pueblan el espacio, y en torno vuestro serpentean ondulantes árboles y rústicos senderos. A la derecha, en un ancho claro de este singular paisaje, se ve la prolongada y blanca superficie del canal de San Martín, formado por rojizas piedras, rodeado de tilos y de las construcciones verdaderamente romanas de los Graneros. Más allá, en última línea, las vaporosas colinas de Belleville, cargadas de casas y de molinos, confunden sus accidentes con los de las nubes. Existe, sin embargo, una

ciudad, que no se ve entre la fila de tejados que rodean el valle y aquel horizonte tan vago como un recuerdo de la infancia; inmensa ciudad, perdida como en un precipicio entre las cimas del hospital de la Piedad y la cumbre del cementerio del Este, entre el sufrimiento y la muerte. Semillante al Océano que ruga detrás de una escarpada ribera como para decir: «Estoy aquí», dicha población deja oír un sordo murmullo. Cuando el sol lanza sus rayos de luz sobre esta parte de París; cuando purifica sus líneas; cuando alumbra algunas vidrieras; cuando alegra los tejados, abraza las doradas cruces, blanquea los muros y transforma la atmósfera en un velo de gasa; cuando crea ricos contrastes con las sombras fantásticas; cuando el cielo está azulado y las campanas lanzan al viento sus sonidos, entonces podéis admirar uno de esos espectáculos maravillosos y elocuentes que la imaginación no olvida nunca, y que os causarían un entusiasmo y asombro como pueda causarlos alguno de los maravillosos paisajes de Nápoles, de Stambul ó de la Florida. Ninguna armonía falta á este concierto. Allí murmuran el ruido del mundo y la poética paz de la soledad, la voz de un millón de seres y la voz de Dios. Allí yace una capital dormida bajo los apacibles cipreses del Pere-Lachaise.

Una mañana de primavera, cuando el sol hacía brillar todas las bellezas de este paisaje, las admiraba yo apoyado en un grueso olmo que abandonaba al viento sus amarillas flores. Mientras contemplaba aquellos ricos y sublimes cuadros, pensaba amargamente en el desprecio que, hasta en nuestros libros, profesamos á nuestro país. Maldecía esos pobres ricos que, cansados de nuestra hermosa Francia, van á comprar á precio de oro el derecho á desdeñar su patria, visitando al galope y examinando, á través de un antejo, los paisajes de esa Italia que se ha hecho ya tan vulgar. Contemplaba con amor el París moderno, y soñaba, cuando de pronto, el ruido de un beso turbó mi soledad y ahuyentó mi filosofía. En la calle de árboles que adorna la rápida pendiente al final de la cual corren las aguas, y mirando al otro lado del puente de los Gobelinos, vi una mujer, que me pareció aun bastante joven, que iba vestida con la más elegante sencillez, y cuya plácida fisonomía parecía reflejar el alegre aspecto del paisaje. Un guapo joven ponía en el suelo al niño más bonito que darse cabe; de modo que no he sabido nunca si el beso había resonado en la mejilla de la

madre ó en la del niño. Un mismo pensamiento brillaba en los ojos, en el rostro y en la sonrisa de los dos jóvenes, los cuales entrelazaron sus brazos con tan gozoso apresuramiento y se aproximaron uno á otro con tan maravillosa armonía de sentimientos, que, embebidos en sí mismos, no notaron mi presencia. Pero otro niño, descontento y enfurruñado, y que les volvía la espalda, me dirigía miradas llenas de sorprendente expresión. Dejando que su hermano corriese solo, tan pronto detrás como delante de su madre y del joven, este niño, tan hermoso y tan gracioso como el otro, pero de temperamento más reposado, permaneció mudo é inmóvil, en la actitud de una serpiente aletargada. Era una niña. El paseo de la mujer bonita y de su compañero tenía un no sé qué de maquinal. Contentándose, por distracción sin duda, con recorrer el corto espacio que había entre el puentecito y un coche detenido en el recodo del bulevar, recomenzaban constantemente su corto paseo, deteniéndose, mirándose y riendo, según el carácter de una conversación tan pronto animada como lánguida y tan pronto informal como grave.

Oculto por el grueso olmo, admiraba esta deliciosa escena, y, sin duda, hubiera respetado sus misterios si no hubiese sorprendido en el taciturno y pensativo rostro de la niña las huellas de un pensamiento más profundo de lo que era de suponer á su edad. Cuando su madre y el joven se volvían, después de haber llegado hasta ella, volvía solapadamente la cabeza y dirigía á ellos y á su hermano una mirada furtiva y verdaderamente extraordinaria. Imposible sería describir la penetrante astucia, la maliciosa sencillez y la constante atención que animaban á aquel rostro infantil, un tanto ojeroso, cuando la mujer hermosa ó su compañero acariciaban los rubios bucles ó el fresco cuello del muchacho en los momentos en que, por divertirse, intentaba pasear con ellos. La enfermiza fisonomía de esta extraña niña denotaba la existencia indudable de una pasión. Sufría ó pensaba. Pero ¿quién profetiza más seguramente la muerte en esas criaturas nacientes? ¿es el sufrimiento del cuerpo, ó el pensamiento precoz que devora sus almas, cuando apenas han germinado? Una madre es, sin duda, la única que puede contestar á esta pregunta. Por mi parte, puedo asegurar que no conozco nada más horrible que un pensamiento de anciano en la frente de un niño; la blasfemia en la boca de una virgen me parece aun menos monstruosa.

Por eso, la actitud casi estúpida de aquella muchacha pensativa y la rareza de sus gestos me llamó la atención y me inclinó á examinarla con curiosidad. Por un capricho muy propio de todo observador, la comparé con su hermano, procurando sorprender las relaciones y las diferencias que existían entre ellos. La primera tenía los cabellos y los ojos negros y un poder precoz, que formaba un gran contraste con la cabellera rubia, los ojos verdes y la simpática debilidad del más joven. La mayor podía tener de siete á ocho años, mientras que el otro sólo tenía cuatro. Iban vestidos de la misma manera. Sin embargo, mirándoles más detenidamente, observé en los cuellos de sus camisas una diferencia bastante frívola, pero que me reveló más tarde toda una novela en el pasado y todo un drama en el porvenir. Y, no obstante, la cosa era bien insignificante. Un sencillo dobladillo adornaba el cuello de la niña morena, mientras que el del menor estaba provisto de magníficos bordados, lo cual denotaba un secreto del corazón, una predilección tácita, que los niños leen en el alma de sus madres, como si el espíritu de Dios estuviese en ellos. Satisfecho y alegre, el rubio tenía un cutis tan blanco y tan fresco, unos movimientos tan graciosos y una fisonomía tan simpática, que parecía una niña; mientras que la mayor, á pesar de su fuerza, de la belleza de sus facciones y del brillo de su tez, parecía un niño enfermizo. Sus ojos vivos, desprovistos de ese húmedo vapor que tanto encanto comunica á las miradas de los niños, parecían haber sido secados por un fuego interior, como los de las cortesanas. Finalmente, su blancura tenía no sé qué matiz mate y verdoso, síntoma de un vigoroso carácter. Por dos veces había ido su hermanito á ofrecerle, con una gracia conmovedora y con un rostro expresivo que hubiese encantado á Charlet, el cuernecito de caza en el que soplabá á intervalos; pero ambas veces había respondido la niña con una mirada esquivá á esta frase: «Toma, Elena, ¿lo quieres?» dicha con cariñosa voz. Y, sombría y terrible, bajo su rostro indiferente en apariencia, la niña se estremecía y se ponía colorada cuando su hermano se le aproximaba; pero el menor parecía no notar el negro humor de su hermana, y su indiferencia, mezclada de interés, acababa por hacer contrastar el verdadero carácter de la infancia con la preocupación del hombre, inscrita ya en el rostro de la niña, y que lo obscurecía con sombrías nubes.

—¡Mamá, Elena no quiere jugar!—gritó el pequeño, escogiendo, para quejarse, un momento en que el joven y su madre habían permanecido silenciosos en el puente de los Gobelinos.

—Déjala, Carlos. Ya sabes que siempre está gruñona.

Estas palabras, pronunciadas al azar por la madre, que se volvió bruscamente con el joven, arrancaron lágrimas á Elena, la cual las devoró en silencio, lanzó á su hermano una de esas miradas profundas que me parecían inexplicables, y contempló primero, con siniestra inteligencia, la pendiente de la cima en que se hallaba, y después el río Bievre, el puente, el paisaje y á mí.

Temí ser visto por la alegre pareja, cuya conversación habría turbado sin duda, y fui á refugiarme detrás de un seto, cuyo follaje me ocultó por completo á todas las miradas. Me senté allí tranquilamente, contemplando en silencio, ya las variantes bellezas del paisaje, ó ya á la adusta niña, á quien podía entrever aun á través de los intersticios del seto. Al no verme ya, Elena pareció inquieta; sus ojos negros me buscaron detrás de los árboles y en toda la extensión del paseo, con indefinible curiosidad. ¿Qué era yo, pues, para ella? En este momento, las francas risas de Carlos resonaron en medio del silencio como el canto de un pájaro. El hermoso joven, rubio como él, le hacía bailar en sus brazos y le besaba, prodigándole esas palabras sin ilación y desprovistas de sentido verdadero, que acostumbramos á decir amistosamente á los niños. La madre se sonreía á estos juegos, y de vez en cuando decía en voz baja palabras salidas del corazón, pues su compañero se detenía muy feliz y la contemplaba con ojos llenos de fuego y de idolatría. Sus voces, mezcladas con las del niño, tenían un no sé qué de acariciador. Esta deliciosa escena, en medio de aquel magnífico paisaje, le comunicaba una increíble suavidad. Una mujer hermosa, blanca y risueña; un hijo del amor; un hombre en la flor de su juventud; un cielo puro; en una palabra, todas las armonías de la naturaleza puestas de acuerdo para regocijar el alma. Cual si aquella dicha fuese mía, no pude menos de sonreír. El joven oyó sonar las nueve. Después de haber abrazado tiernamente á su compañera, que se había puesto seria y casi triste, se dirigió hacia su tálburi, que avanzaba ya lentamente guiado por un viejo lacayo. La charla del niño querido se mezcló con los últimos besos que

le dió el joven. Después, cuando éste hubo montado en su coche y cuando la mujer inmóvil escuchó el rodar del tálburi y siguió con la mirada las huellas que las ruedas dejaban en el polvo del frondoso paseo, Carlos se encaminó hacia su hermana, que estaba cerca del puente, y oyó que le decía con voz argentina:

—¿Por qué no has venido á decirle adiós á mi buen amigo?

Al ver á su hermano en el borde del declive, Elena le dirigió la mirada más horrible que jamás haya animado los ojos de un niño, y le empujó con rabia. Carlos resbaló sobre la rápida pendiente, y, tropezando con las raíces y cortantes piedras del muro, se descalabró, yendo á caer en las cenagosas aguas del río, que se abrieron, salpicando, para dar paso á aquella hermosa cabeza rubia. Oí los penetrantes gritos del pobre niño; pero bien pronto fueron ahogados por el fango, donde desapareció, produciendo un sonido seco como el de una piedra al sumergirse en el agua. El rayo no es más rápido que lo fué aquella caída. Yo me levanté inmediatamente y bajé por un sendero. Elena, estupefacta, lanzaba penetrantes gritos de:

—¡Mamá! ¡mamá!

La madre estaba allí, á mi lado: había volado como un pájaro; pero ni sus ojos ni los míos podían reconocer el lugar preciso en que el niño se había sumergido. El cauce del río tiene en aquel lugar diez pies de barro. El niño debía morir allí, pues se hacía imposible socorrerle. A aquella hora, y como era domingo, todo estaba en calma. El Bievre no tiene ni botes ni pescadores, y yo no vi ninguna vara para sondear el arroyo ni á nadie que pudiese ayudarme. ¿Por qué, pues, había de hablar yo de aquel siniestro incidente, y por qué había de descubrir el secreto de aquella desgracia? Elena había, sin duda, vengado á su padre. Sus celos eran la cuchilla de Dios. Empero, contemplando á la madre, me estremecí. ¿A qué espantoso interrogatorio no iba á someterla su marido, su juez eterno? La madre llevaba consigo un testigo incorruptible, pues la infancia tiene la frente transparente y la tez diáfana, y la mentira es en ellos como una luz interior que hace enrojecer hasta á su mirada. La desgraciada mujer no pensaba aún en el suplicio que le esperaba en casa, y no hacía más que contemplar el Bievre.

Semejante acontecimiento debía tener espantosas consecuencias en la vida de una mujer, y este es uno de los ecos más terribles que de vez en cuando turbaron los amores de Julia.

Dos ó tres años después, una noche, después de comer, se hallaba un notario en casa del marqués de Vandenesse, de luto á la sazón por su padre, con objeto de arreglar una herencia. Este notario no era el pequeño notario de Sterne, sino un grueso y alto notario de París, uno de esos hombres estimables, que hacen una tontería con mesura, que ponen torpemente el pie sobre una llaga desconocida, y que preguntan después por qué se queja uno. Si, por causalidad, conocen la causa de su dañina tontería, dicen: «A fe, que no sabía nada». En una palabra, que era un notario honradamente estúpido, y que no veía en la vida más que *actas*. El diplomático tenía á su lado á la señora de Aiglemont. El general se había ido, antes de acabar la comida, para llevar á sus dos hijos al teatro, á los bulevares, al Ambigú Cómico ó á la Alegría. Aunque los melodramas excitan los sentimientos, pasan en París por ser espectáculos propios para niños, y hay la creencia de que no tienen para ellos peligro, por la razón de que la inocencia siempre sale triunfante. Tanto le habían atormentado el niño y la niña para llegar al teatro antes de que levantasen el telón, que el padre se había marchado sin esperar los postres.

El notario, el imperturbable notario, incapaz de preguntarse por qué la señora de Aiglemont enviaba al teatro á su marido y á sus hijos, sin acompañarles, estaba, después de la comida, como clavado en la silla. Una discusión había hecho que se prolongasen los postres, y los criados tardaban en servir el café.

Estos incidentes, que consumían un tiempo precioso, arrancaban movimientos de impaciencia á la hermosa mujer, á la que podía compararse con un caballo de raza piafando antes de la carrera. El notario, que no entendía de caballos ni de mujeres, juzgaba únicamente á la marquesa como una mujer viva y animada. Encantado de verse entre un hombre político célebre y una mujer á la moda, este notario procuraba ser chistoso, y tomaba por aprobación la falsa sonrisa de la marquesa, cuya impaciencia aumentaba él considerablemente. De acuerdo con su compañera, el dueño de la casa se había permitido guardar silencio en ocasiones en que el

notario esperaba una respuesta; pero, durante estos significativos silenciosos, aquel diablo de hombre miraba al fuego y procuraba recordar nuevas anécdotas. Un momento después, el diplomático recurrió á su reloj, y, finalmente, la hermosa marquesa se colocó el sombrero para salir, pero no salió. Empero, el notario no veía ni oía nada, y estaba maravillado de sí mismo y seguro de interesar á la marquesa lo bastante para que no se moviese de allí.

—Esta mujer será indudablemente cliente mía—se decía.

La marquesa se mantenía de pie, se ponía los guantes, se retorció los dedos y miraba alternativamente al marqués de Vandenesse, que participaba de su impaciencia, y al notario, que recalcaba pausadamente cada uno de sus graciosos chistes. A cada pausa que hacía este digno hombre, la hermosa pareja respiraba, diciéndose con un signo: «Vamos, al fin se va á marchar». Pero nada. Aquello era una pesadilla moral, que tenía que irritar á las dos personas apasionadas y acabar por obligarles á despedir al notario, que producía sobre ellos el mismo efecto que produce la serpiente sobre los pájaros. Cuando estaba á la mitad del relato de los innobles medios por los que Tillet, hombre de negocios que gozaba, á la sazón, de gran fama, había hecho su fortuna, y cuyas infamias detallaba escrupulosamente el ocurente notario, el diplomático oyó dar las nueve en el reloj; vió que su notario era indudablemente un imbécil á quien era preciso despedir, y lo detuvo resueltamente con un gesto.

—¿Quiere usted las tenacillas, señor marqués?—dijo el notario ofreciendo éstas á su cliente.

—No, caballero. Me veo obligado á despedirle á usted, porque la señora quiere ir á buscar á sus hijos, y yo voy á tener el honor de acompañarla.

—¡Las nueve yá! ¡cómo pasa el tiempo en compañía de gentes amables!—dijo el notario, que hablaba solo hacía ya una hora.

Y buscó su sombrero, se plantó delante de la chimenea, detuvo difícilmente un eruto, y dijo á su cliente, sin ver las terribles miradas que le dirigía la condesa:

—Reasumamos, pues, señor marqués. Los asuntos ante todo. Mañana haremos la demanda contra su hermano, procederemos al inventario, y después, á fe que...

El notario había comprendido tan mal las intenciones de su cliente, que entendió al revés las instrucciones que éste

acababa de darle. Este incidente era demasiado delicado para que Vandenesse no rectificase las ideas del zoquete notario, siguiéndose de aquí una discusión que abrazó algún tiempo.

—Escuche usted—dijo por fin el diplomático al ver una seña que le hacía la marquesa,—me está usted rompiendo la cabeza, y, por lo tanto, es necesario que venga usted mañana, á las nueve, con mi procurador.

—Pero debo advertir al señor marqués que mañana no sé si podremos encontrar al señor Desroches, y si la demanda no se presenta antes de las doce, el plazo expira, y...

En este momento entró un coche en el patio, y, al oírlo, la marquesa se volvió bruscamente para ocultar las lágrimas que aparecieron en sus ojos. El marqués llamó para ordenar á sus criados que dijese que había salido; pero el general, que había vuelto de improviso de la Alegría, se anticipó al criado, y apareció llevando de una mano á su hija, cuyos ojos estaban rojos, y de la otra á su hijo, todo enfurruñado y mohino.

—Pero ¿qué os ha ocurrido?—preguntó la mujer al marido.

—Más tarde se lo diré á usted—respondió el general, dirigiéndose á un gabinete vecino cuya puerta estaba abierta y donde vió los periódicos.

La marquesa, impaciente, se dejó caer desesperadamente sobre un canapé.

El notario, que se creyó obligado á hacer fiestas á los niños, tomó un tono cariñoso para preguntarle al muchacho:

—Vamos á ver, ¿qué comedia hicieron hoy?

—*El valle del torrente*—respondió Gustavo gruñendo.

—A fe de hombre de honor—dijo el notario,—que los autores actuales deben estar medio locos. *¡El valle del torrente!* Y ¿por qué no *El torrente del valle*? Es muy posible que el valle no tenga torrente, y, al decir *El torrente del valle*, los autores hubieran expresado al menos algo caracterizado, comprensible, preciso. Pero, dejemos esto. Ahora vamos á ver. ¿Cómo es posible que ocurra un drama en un torrente y en un valle? Me responderán ustedes que hoy, el principal atractivo de esta clase de espectáculos estriba en las decoraciones, y que este título da motivo para hacerlas muy hermosas. ¿Se ha divertido usted mucho, hermoso mío?—añadió sentándose delante del niño.

En el momento en que el notario preguntaba la clase de drama que podía desarrollarse en un torrente, la hija de la marquesa se volvió lentamente, y lloró. La madre estaba tan violentamente contrariada, que no vió el movimiento de su hija.

—¡Oh! sí, señor, me divertía mucho—respondió el niño.—Había en la pieza un muchachito muy guapo que estaba solo en el mundo, porque su papá no había podido ser su padre; y he aquí que cuando llega á lo alto del puente que hay en el torrente, un hombrón feote y barbudo, todo vestido de negro, lo tiró al agua. Entonces, Elena se puso á llorar y á sollozar. Todo el público empezó á gritarnos, y papá nos sacó de allí en seguida...

El señor de Vandenesse y la marquesa quedaron estupefactos y como sobrecogidos por un accidente, que les quitó la fuerza de pensar y obrar.

—¡Gustavo, cállese usted inmediatamente!—gritó el general.—Le he prohibido hablar de lo que ha pasado en el teatro, y veo que ha olvidado usted mis recomendaciones.

—Señor marqués, dispénsese Su Señoría—dijo el notario.—Yo he tenido la culpa, por haberle interrogado; pero ignoraba la gravedad de...

—Debió no haber respondido—dijo el padre mirando á su hijo con frialdad.

La causa de la vuelta de los hijos y el padre, pareció entonces clarísima al diplomático y á la marquesa. La madre miró á la hija, la vió llorando, y se levantó para ir hacia ella; pero entonces, su rostro se contrajo violentamente, y dió muestras de una gran severidad.

—Basta, Elena—le dijo;—vaya usted á secarse las lágrimas al gabinete.

—Pero ¿qué ha hecho la pobrecilla?—dijo el notario, queriendo calmar á la vez la cólera de la madre y de la niña.—Es tan bonita, que debe ser la criatura más juiciosa del mundo, y estoy seguro, señora, de que nunca le ha proporcionado más que goces, ¿verdad, hijita mía?

Elena miró á su madre temblando, se enjugó las lágrimas, procuró serenarse, y se fué al gabinete.

—Señora, ciertamente que es usted demasiado buena madre para no amar igualmente á sus dos hijos—continuó diciendo el notario.—Por otra parte, es usted demasiado virtuosa para tener esas preferencias, cuyos funestos efectos

conocemos los notarios mejor que nadie. La sociedad no tiene secretos para nosotros, que vemos las pasiones bajo su forma más horrible, bajo la forma del interés. Aquí, una madre quiere desheredar á los hijos de su marido, en provecho de los hijos á quienes ella prefiere; mientras que el marido, por su parte, quiere á veces legar su fortuna al hijo que ha merecido el odio de una madre. Entonces son los combates, los temores, las actas, las ventas simuladas, los fideicomisos; en una palabra, lodazal lastimoso, palabra de honor, lastimoso. Más allá, padres que pasan la vida procurando desheredar á sus hijos y robando los bienes de sus mujeres; sí, esta es la palabra. ¡Hablábamos de dramas! ¡Ah! aseguro á ustedes que, si nosotros pudiésemos decir el secreto de ciertas donaciones, tendrían los autores asuntos para terribles tragedias. No sé yo qué poder tienen las mujeres para hacer siempre lo que quieren; pues, á pesar de las apariencias y de su debilidad, siempre salen vencedoras. ¡Ah diablo! ¡no me cogerán á mí, no! Siempre adivino la razón de esas predilecciones, que en el mundo se califican de indefinibles. Pero, si he de hacer justicia á los maridos, diré que éstos no las adivinan nunca. A esto me dirán ustedes que hay...

Elena, que había vuelto con su padre del gabinete al salón, escuchaba atentamente al notario, y le comprendía tan bien, que dirigió á su madre una mirada temerosa, presintiendo, con todo el instinto propio de sus pocos años, que aquella circunstancia iba á redoblar la severidad del castigo que le amenazaba. La marquesa palideció, y, con un gesto de terror, llamó la atención á Vandenesse respecto á su marido, que contemplaba pensativamente las flores de la alfombra. En este momento, á pesar de su saber vivir, el diplomático no pudo contenerse, dirigió al notario una terrible mirada, y, al mismo tiempo que se encaminaba hacia la pieza contigua al salón, le dijo:

—Caballero, venga usted por aquí.

El notario, sin acabar la frase, le siguió, temblando.

—Caballero—le dijo con una rabia concentrada el marqués de Vandenesse, cerrando con fuerza la puerta del salón donde quedaban la mujer y el marido, — desde que se acabó la comida, no ha hecho más que decir y hacer estupideces. Váyase usted de aquí inmediatamente, porque, de otro modo, acabaría por ser causa de las mayores desgra-

cias. Si no sabe usted más que ser notario, permanezca usted en su estudio; pero, si por casualidad, frecuenta usted el mundo, procure ser más circunspecto...

Dicho esto, entró en el salón, dejando al notario sin saludarle. Éste permaneció un momento alelado, perplejo y sin saber dónde estaba. Cuando los zumbidos que le ensordeaban las orejas cesaron, creyó oír gemidos é idas y venidas por el salón. Temió volver á ver al marqués de Vandenesse, y recobró el uso de sus piernas para largarse y ganar la escalera; pero, á la puerta de las habitaciones, chocó con los criados, que se apresuraban á ir á recibir órdenes de su amo.

—Así son todos estos grandes señores — se dijo al fin cuando se encontró en la calle buscando un cabriolé. — Le incitan á uno á hablar, le hacen mil cumplidos, se llega uno á creer que les divierte, y ¡nada! Cuando menos se figura uno, le hacen una grosería, procuran mantenerle á una distancia respetable, y hasta le ponen á uno de patitas en la calle, sin saber por qué ni por qué no; porque, después de todo, estuve ocurrente, y no dije nada que no fuese sensato, discreto y conveniente. Me recomienda que sea más circunspecto, y á fe que no sé en qué he faltado yo á la circunspección. ¡Bah! ¡qué diantre! yo soy notario y miembro del colegio, y eso no es más que un arranque de embajador. Para estas gentes no hay nada sagrado. Veremos á ver cómo me explica mañana por qué razón no he hecho ni dicho en su casa más que estupideces. Le pediré razón, es decir, le pediré que me explique la razón de todo esto. Después de todo, acaso tenga yo la culpa, y soy demasiado tonto en calentarme los cascos por esto. ¿Qué me importa en definitiva?

El notario volvió á su casa y sometió el enigma á la notaria, contándole punto por punto los acontecimientos de la velada.

—Querido Crottat, Su Excelencia ha tenido mucha razón al decirte que no has dicho y hecho más que tonterías.

—¿Por qué?

—Querido mío, aunque te dijese el por qué, no por eso dejarías de hacer lo mismo mañana en otra parte. Así es que me limito á recomendarte que no hables nunca de negocios en sociedad.

—Si tú no quieres decírmelo, se lo preguntaré mañana á...

—¡Dios mío! ¡qué tonto eres! Si las gentes más necias procuran ocultar estas cosas, ¿crees tú que un embajador va á decírtelas? Vaya, Crottat, nunca te he visto tan desprovisto de sentido común.

—¡Gracias, querida!

V

LOS DOS ENCUENTROS

Un antiguo oficial del estado mayor de Napoleón, á quien nosotros llamaremos únicamente el marqués ó el general, y que bajo la Restauración hizo una cuantiosa fortuna, fué á pasar el verano á Versalles, donde habitaba una casa de campo, situada entre la iglesia y la barrera de Montreuil, en el camino que conduce á la avenida de Saint-Cloud. Sus servicios en la corte no le permitían alejarse de París.

Esta casita, construida antaño para servir de asilo á los pasajeros amores de algún gran señor, poseía vastísimas dependencias. Los jardines en cuyo centro estaba colocada la separaban igualmente por derecha é izquierda de las primeras casas de Montreuil y de las chozas construidas en los alrededores; de modo, que los amos de esta propiedad, sin estar demasiado aislados, gozaban, á dos pasos de una ciudad, de todos los placeres de la soledad. Por una extraña contradicción, la fachada y la puerta de entrada de la casa daban inmediatamente al camino, que en otro tiempo era, sin duda, poco frecuentado. Esta hipótesis parece verosímil, si se tiene en cuenta que dicho camino va á parar al pabellón construído por Luis XV para la señorita de Románs, y que antes de llegar á él, los curiosos reconocen allí más de un casino, cuyo decorado interior y exterior son una prueba del gracioso libertinaje de nuestros antepasados, los cuales, en medio de la licencia de que se les acusa, buscaban, sin embargo, la sombra y el misterio.

Una noche de invierno, el marqués, su mujer y sus hijos, se encontraron solos en esta casa desierta. Los criados habían obtenido permiso para ir á celebrar á Versalles la boda de uno de ellos, y presumiendo que la solemnidad de Na-

vidad, unida á aquella circunstancia, sería una buena excusa para sus amos, se permitieron consagrar á la fiesta un poco más de tiempo del que les había concedido la ordenanza doméstica. Sin embargo, como que el general era reputado de hombre que no había dejado nunca de cumplir su palabra con inflexible puntualidad, los culpables no dejaron de sentir algún temor cuando llegó el momento de la vuelta. Acababan de dar las once, y ningún criado había llegado. El profundo silencio que reinaba en el campo permitía oír á intervalos el viento que reinaba á través de las negras ramas de los árboles, que bramaba en torno de la casa, ó que se introducía á través de los largos corredores. El hielo había purificado el aire de tal modo y endurecido tanto la tierra, que todo tenía esa seca solemnidad cuyo fenómeno sorprende siempre. El torpe paso de un bebedor retrasado ó el ruido de un fiacre que volvía á París, resonaba más fuertemente y se podía oír de más lejos que de costumbre. Las hojas secas, puestas en movimiento por algunos repentinos torbellinos, rozábanse contra las piedras del patio, y parecían dotar de voz á la noche en el momento en que ésta deseaba permanecer muda. En una palabra, que era una de esas ásperas noches que arrancan á nuestro egoísmo algún rasgo de compasión en favor del pobre ó del viajero, y que hacen que nos parezca tan voluptuoso el rincón del fuego. En este momento, la familia, reunida en el salón, no se inquietaba ni por la ausencia de los criados, ni de las gentes sin hogar, ni de la poesía que encierra una velada de invierno. Sin entregarse á ajenas filosofías, y confiando en la protección de un veterano, mujeres y niños se entregaban á las delicias que engendra la vida interior cuando los sentimientos no están heridos y cuando el cariño y la franqueza animan las miradas, las palabras y los juegos.

El general estaba sentado, ó, mejor dicho, sumido en una alta y espaciosa poltrona, en el rincón de la chimenea, donde brillaba un fuego que despedía ese calor picante, síntoma de un frío excesivo en el interior. Apoyada en el respaldo de la poltrona y ligeramente inclinada, la cabeza de este buen padre permanecía en una postura cuya indolencia denotaba una calma perfecta y un grato momento de plácida alegría. Sus brazos, medio caídos y perezosamente abandonados fuera de la poltrona, acababan de confirmar su dicha. El ge-